ARMONIAS

Y

CANTARES

POR

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.



MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE M. GUIJARRO, EDITOR
calle de Preciados, núm. 5.

1865.





ARMONIAS

Y

CANTARES.

ARMONIAS

Y

CANTARES

POR

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.



MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE M. GUIJARRO, EDITOR
calle de Preciados, núm. 5.

1865.

LIBRO I.

ARMONIAS.

Á MI ESPOSA.

Un libro, escrito con lágrimas, he consagrado á la memoria de la hija que tenemos en el cielo: las *Armonías*, páginas de otro no concluido, serenas contemplaciones de la naturaleza y del espectáculo interior de mi alma, son el término final á que la ley de la vida ha llevado el sentimiento de que nació este libro. El primero revela casi en su totalidad el delirio de un corazon enfermo; la me-

lancolía ha inspirado el que hoy te dedico ¡oh dulce y leal compañera!

Cuando compuse *Los Nidos*, la herida del dolor incomparable que canté en las *Elegías* estaba aún demasiado abierta, era demasiado reciente; por eso, despues de bosquejar el cuadro risueño del campo en sus dias mas hermosos, un recuerdo cruel me prestó sus colores sombríos para trazar la desolacion del invierno.

En el tono de las cuatro *Armonías* restantes, ya alborea la resignacion, y el espíritu levanta los ojos, porque principia á comprender que lo que se llama la muerte, lejos de interrumpir ni destruir el lazo que con el cielo

nos une, allana y facilita el tránsito á la plenitud de la vida, de la cual no es mas que una imágen imperfecta la terrestre.

Si hay quien presuma que la muerte es el límite fatal de toda existencia, le compadezco; yo no creo en esa muerte, porque creo en la voz interior que anuncia constantemente al hombre su destino futuro; yo no creo en esa muerte, porque creo en Dios, y creer en Dios es creer en la vida, y creer en la vida es creer en la inmortalidad.

Dios es el amor, y el amor no crea para renegar de sus obras, sino para perfeccionarlas, y para complacerse y

mirarse en ellas; repugna que Dios, Padre inmensamente bueno, haga lo que no hace el hombre mas despiadado; que Dios, Artista Supremo, fabrique la estátua para tener la gloria estéril de romperla.

Nuestro espíritu puede concebir las quimeras mas monstruosas; lo que no concibe es su propia nada, su propia negacion; si la concibiese, habria de representársela bajo alguna forma, y la forma ya indica la realidad necesaria de un sér en ella contenido.

El recuerdo mismo que de aquella niña conservamos, no es otra cosa que la continuacion inmaterial de su vida aquí abajo, en toda su virginidad, en

toda su pureza: ella nos habla, ella nos oye, ella nos mira, llenando de consuelos y de celestes resplandores los dias que aún nos restan que andar por la tierra.

Creamos, pues, y esperemos, y bendigamos á El que nos concede la tierna compañía de este santo recuerdo.

VENTURA.

ARMONIAS.

LOS NIDOS.

(ARMONIA CAMPESTRE.)

I.

El almendro florece;
ábrese el lirio, luego
la amapola de fuego,
que una llama parece;
y, con sordo murmullo,
la rosa tambien rompe su capullo.
La luz aún no clarea
del alba, ni en alegre y mansa nube
el humo al cielo sube
de hospitalario albergue ó chimenea,
cuando, á la par del gallo vigilante,

despiértase la alondra, y dulce trina
á las estrellas pálidas vecina,
mensajera amorosa
del sol; como en la selva silenciosa,
al morir de la tarde,
con voz mas triste y bella
el ruiseñor oculto se querella.
  Despues, el astro-rey fecundo baña
el valle y la montaña;
al rayo de su lumbre,
que la deshace en breve,
en arroyos la nieve
despeñándose baja de la cumbre,
con salvajes rumores,
y riega la campiña
llena de luz, de cánticos y flores.
  ¡Cómo, al nido asomado,
moviendo sin cesar la calva frente,
el polluelo inocente
campiña, y luz, y arroyos ve pasmado!
Del mundo al contemplar las ricas galas

tender quiere las alas,
y volar, y vivir... pero le asusta
la estension del espacio, retrocede,
y torna, y otra vez al temor cede;
hasta que el padre le acompaña y guia,
mostrándole su celo,
con el peligro, la segura via.
 Si el nuevo pajarillo
es débil para el vuelo,
desciende presurosa
la madre, que en su ausencia no reposa,
á recoger del suelo
para el nido que está bajo su amparo,
ya paja, y heno, ó la sutil bedija
al cordero robada
por el zarzal avaro;
ya la pluma olvidada
de otras amigas aves,
y aromáticas yerbas y suaves;
ya el preciso alimento
de la familia que dejó un momento:

y cuando al nido torna,
de inquietud maternal y de amor llena,
dentro, muy dentro suena
con mal formados sones,
como rumor confuso
de besos, y de gozo y bendiciones.

II.

Pasaron las risueñas alboradas
y las tranquilas noches de verano;
vinieron las ventiscas desatadas,
que la alta cumbre y llano
despojan de hermosura,
trayendo en pos de sí la niebla oscura.
Entre el horror sublime
de los campos, que el ánima suspende,
el olmo al cielo tiende
los descarnados brazos, y al son gime
del vendabal que azota
su frente sin verdor, hollada y rota.

Están los bosques mudos;
escarcha ó nieve cubre
los árboles desnudos
á las revueltas ráfagas de octubre.
Por los aires desiertos,
hija de la tormenta,
con giro torpe cruza
tal vez un ave de rapiña, hambrienta,
de corvas garras y graznido ronco,
que luego el pico aguza
en pedernal y tronco.
Y en el hueco de encinas y de peñas,
colgados entre breñas,
ó en un rincon de viejos palomares
do no llega el calor de los hogares,
solos se ven y yertos
como cunas vacías
de pobres niños muertos,
los nidos que otros dias
poblaron monte y valle de armonías.

RUINAS.

(ARMONIA DE LA TARDE.)

Cansado y solo, un dia
senténme cuando el año iba muriendo,
al pié de roto muro,
defensa antigua y límite de un pueblo.

Por sus profundas grietas,
asilo que á reptiles abrió el tiempo,
contempla hoy el lagarto
con ojo inmóvil el estrago inmenso.

Pálida trepadora,
ortiga vil y jaramago enfermo,
cuyas guirnaldas mústias
mueven las brisas al pasar gimiendo,

coronan capiteles
y el destrozado pórtico de un templo,
que tiende en la llanura
entre polvo de altares su esqueleto.

Ya del hogar sagrado
las cenizas postreras barrió el viento,
y en su tiznada piedra
la mano maternal no enciende el fuego;

y ya de viejos arcos
y columnas despréndense fragmentos,
como una y otra lágrima
de los ojos de un triste sin consuelo.

¡Cómo las hojas secas
del árbol amarillo van cayendo,
escombros de la vida
con que al hombre encantaba el soto ameno!

¡Y cómo enseña el rio,
húmedo apenas, el estéril lecho,
ruïna miserable
de otro limpio raudal, copioso y fresco!

¡Y cuál arden las cumbres
del sol de otoño al último destello,
mientras los valles hondos
dan paso á la tiniebla y al silencio!

La voz de una campana
suspira melancólica á lo lejos;
á la tarde que muere
la religion le manda su *adios* tierno.

Y revolando, el buho
su quejido, tambien, lanza siniestro,
como sombra insepulta
que vaga alrededor de un cementerio.

Cuando el ala sacude,
la voz despierta de dormidos ecos;
y parece que suena
detrás del hombre que medita austero,

el paso misterioso
de séres que en tropel aborta el miedo,
arrastrando los pliegues
de fúnebres sudarios por el suelo.

O bien que resucita
la poblacion de su reposo eterno;
rendido caminante
que reparó sus fuerzas con el sueño,

y emprende la jornada
al dulce sonreïr del dia nuevo,
cuya belleza cubre
de ruborosa luz diáfano velo.

Mas el encanto cesa
un instante despues; así los restos
de muertas ilusiones
llenan del alma el panteon severo.

Y otra vez desprendidos
de pardo murallon ruedan fragmentos,
y á su compás las hojas
del árbol amarillo van cayendo;

como una y otra lágrima
de los ojos de un triste sin consuelo,
ó escombros de la vida
con que al hombre encantaba el soto ameno.

Todo pasa; la sombra
viene en pos de la luz del firmamento;
la ancianidad caduca
es ¡ay! de la niñez vago recuerdo.

Tú sólo no pereces
¡oh espíritu que gimes en el cuerpo!
Con mano compasiva
la muerte, al fin, quebrantará tus hierros.

Quedará el frágil vaso
de tu esencia inmortal pedazos hecho,
y por los aires ella
en busca irá de su amoroso centro.

A tu perdida patria
volarás, elevándote del cieno
que tus alas tocaron
al posarte del mundo en el desierto.

En él ¡ay! la recuerdas,
cual de la suya los alegres cielos
el pobre desterrado
orilla de los rios estranjeros.

LA ORACION.

(ARMONIA RELIGIOSA.)

¡Oh cuántas, cuántas veces
en este oscuro valle,
al dolor ó al cansancio
rindo, sin fuerza, el cuerpo miserable!...

Y ante mis ojos pasan
como sombras fugaces,
junto al rey, el mendigo,
á la par del anciano, el tierno infante.

Y herido llevan todos
el corazon, que late
cual lámpara que muere
y un débil soplo apagará del aire;

pero si á Dios imploran,
vida y ánimo dales;
que arriba está la fuente,
la fuente de consuelo inagotable.

Y es la oracion escala,
por donde sube fácil
el corazon sediento
en sus tranquilas ondas á saciarse;

vaso lleno de lágrimas,
y de alegrías cáliz,
que á Dios ofrece el hombre
de amor y gratitud en homenaje;

tabla de sus naufragios,
cuando la rota nave
no halla puerto en la tierra,
ni ve socorro humano que la salve.

Enfermos desvalidos,
que veis aproximarse
desde el lecho de muerte
la eternidad, con paso formidable;

¿quién os inspira aliento
en el último trance?
¿Quién, sino Dios, conoce
del infortunio el íntimo lenguaje?

Sombra desventurada
que, bajo un verde sáuce,
lloras perdidos séres,
contemplando la tierra donde yacen;

¿qué te queda en el mundo,
mas que su vaga imágen,
y la sorda plegaria
que del dolor te alivia el peso grave?...

El alma del malvado,
(negro abismo insondable),
la oracion ilumina,
como fugaz relámpago, un instante:

en los labios del justo
que de la vida parte,
murmura dulcemente
como el postrer suspiro de la tarde.

El contento del niño
que, con sonrisas y ayes,
confundidos en uno
dice el nombre de Dios y el de su madre;

y de la madre el beso,
y la mirada en que arde
su pasion infinita,
himnos son, oraciones inefables.

Y es oracion el canto
sencillo de las aves,
el rumor de la fuente,
el susurro del aura entre el follaje:

oracion el perfume
que de las flores sale,
la armonía del cielo,
del irritado mar la voz gigante.

Y es oracion el grito
del pueblo libre y grande,
que, por su independencia,
en inmenso tropel vuela al combate.

Escúchate el desierto;
la ciudad te da altares;
tú fuiste la primera
palabra de los dias patriarcales;

tú el pan del cenobita
en su gruta salvaje;
tú en el Circo de Roma,
el valor inflamabas de los mártires;

tú de los mundos eres
el eco perdurable;
sonarás en los cielos
hasta el oscuro fin de las edades.

¡Oh, santas oraciones
que aprendí de mis padres,
y que apenas (¡ay triste!)
la torpe lengua pronunciar ya sabe!

¡Tocad, tocad mi labio,
y en amor abrasadle,
para que eternamente
bendiga hasta el dolor que me anonade!

———

EL SILENCIO.

(ARMONIA NOCTURNA.)

El Llobregat corria
con movimiento blando,
á mis piés murmurando;
yo no sé qué decia
desde su oscuro lecho,
sólo sé que su voz sonó en mi pecho
con vaga y melancólica armonía.
Aún el beso fugaz siento del aura
que el ánimo restaura,
y el olor de los pinos solitarios
que coronan los montes,
límite de serenos horizontes;
oigo el débil quejido

del pájaro nocturno
en las breñas perdido,
y su sordo aleteo;
y el insecto que zumba;
y aun hoy la luna veo,
cual lámpara colgada ante la tumba
que un sér amado encierra,
bañando las profundas soledades
del cielo y de la tierra.

Pero no, este silencio no es la muerte
helada, inmóvil, muda;
la que el alma sin fé sueña y advierte:
desde la dura piedra
que el musgo cubre y la amorosa hiedra,
hasta la peña colosal desnuda;
la quietud de los campos, y la sombra;
el lucero, la nube
(gracioso y casto velo
tras el cual centellea);
el Monserrat, que sube
soberbio escalonándose hasta el cielo,

pilar robusto aquel, y éste corona
de la santa patrona
que al pueblo catalan tiende su manto,
forman todos el canto
sublime del silencio,
con palabras sin voz, de poder tanto
que el alma las entiende,
y, embriagado por ellas,
su movimiento el corazon suspende.

¡Oh noche! ¡Oh soledad! ¡Oh gran concierto
que oye sólo el espíritu despierto,
y no el torpe sentido!
A tu conjuro misterioso, vuelve
á ser, y se levanta, lo que ha sido;
las dormidas memorias,
los dias y los años,
fantasmas de dolores y de glorias,
de placer, de esperanza y desengaños.

Aquí el hogar paterno,
templo de la alegría
que iluminaba el sol de medio dia,

ó el rayo de la luna;
y en un rincon la cuna,
ayer tranquila nave
que arrulló la niñez de un inocente,
á quien hoy arrebata la corriente
en los revueltos mares de la vida,
por furiosas tormentas combatida.
Allá la verde alfombra
del valle solitario;
el árbol, fiel amigo
que fruta daba y sombra;
el viejo campanario,
que la oracion cantaba
con acento monótono y profundo,
y el tránsito de un alma á mejor mundo;
ó bien desde la aurora,
las fiestas celebraba
del pueblo, y de la Patria vencedora.
Por aquí bulle inquieta
la alegre romería; y en los huecos
de la colina escueta

y el espacioso llano,
repiten, alejándose, cien ecos
del tamboril los rústicos sonidos
con cantares y danzas confundidos.
Y en faz dulce, halagüeña,
como niño que sueña con las hadas
ó con su madre y con el cielo sueña,
van pasando, en su féretro acostadas,
reinas de otros festines ¡ay! hermosas,
que vivieron la vida de las rosas;
y pasan allá lejos... allá lejos...
donde la luna apenas da reflejos,
al triste suspirar del bosque umbrío
y el sollozo del rio.
En el aire y el cielo
hay ojos que nos miran,
y bocas que suspiran,
y manos que nos llaman,
y genios invisibles que nos aman;
y de la selva oscura
por la intrincada y lóbrega espesura,

de su paso veloz sin dejar huellas,
fantásticas visiones cruzan bellas,
quizá recuerdos pálidos de amores,
formas, tal vez, de sueños seductores,
de nuestro corazon, tal vez, pedazos,
tendiéndonos los brazos,
y virginal sonrisa
mandándonos en alas de la brisa.

En tanto, por el piélago infinito
de esos mundos que en letras de luz tienen
de Dios el nombre escrito,
su alto vuelo el espíritu despliega;
ansioso de luz llega,
y, abismándose en él, ve mas cercana
la majestad de Dios, y compadece
la pequeñez de la grandeza humana.

EL DOLOR.

(ARMONIA CRISTIANA.)

Dame tu amargo cáliz;
dolor, no esperes que huya,
ni que cobarde tiemble...
yo te conozco ya desde la cuna.

Constante compañero,
no me abandonas nunca,
y de tu mano asido
camino resignado hácia la tumba;

sin envidiar la suerte
del que este mundo cruza
sólo pisando flores,
hollando sólo fáciles llanuras.

Quien no te ha conocido
ni lágrimas se enjuga,
ignora lo que vale
el mismo bien que desalado busca.

Al hombre tú redimes,
cuando á la tierra impura
vive atado y sujeto
como á podrido tronco, vil oruga.

Y al par que le recuerdas
la brevedad caduca
de las humanas glorias,
glorias mas ciertas y sin fin le anuncias.

Sin tí no hay alegrías;
al que alegrías gusta,
tristeza inesplicable
quédale siempre, y dejo de amargura;

como en noche estrellada
siniestra nube turba,
pasando silenciosa,
la claridad tranquila de la luna.

Tambien tu cáliz tiene,
y allá en el fondo oculta,
algo que nos consuela,
y no sabe decir la lengua ruda;

así en cielo velado
por tormentosa bruma,
solitario lucero
rompe tal vez la oscuridad nocturna.

En tí, crisol ardiente,
el alma se depura,
arrojando la escoria
que su celeste resplandor anubla;

y, como plata fina,
cuantos mas golpes sufra
al labrarla tu mano,
mas ganará en firmeza y hermosura.

¡Bendito tú mil veces!
Tú el corazon perfumas
de nobles sentimientos,
y le infundes valor para la lucha:

tú compasivo le haces,
que el que siente la suya
es quien mejor comprende
y llora las ajenas desventuras.

Dame tu amargo cáliz,
y hasta las gotas últimas
apuraré sereno
por la vida inmortal que me aseguras.

Y luego que á la tierra
el cuerpo restituya,
lleva el alma en tus brazos
donde, sólo de amor, himnos se escuchan.

Así, humanado un dia
en la persona augusta
del Mártir inocente
que en la Cruz del Calvario un pueblo insulta,

de espinas coronado,
la faz llena de angustia,
á los cielos subiste
y de gozo temblaron las alturas.

I NIDI.

(ARMONIE CAMPESTRI.)

I.

Il mandorlo s'infiora
e s'apre il giglio, e a poco
come destato foco
del papavero il crocco s'incolora,
e con sordo mormorio
sbuccia la rosa il calice natio.
La luce ancor é muta
dell'alba, ne di nube in lieto velo
s'estolle il fumo al cielo
dal caminetto d'ospitale albergo,
quando al pari del gallo vigilante

l'allodola si sveglia, e il dolce canto
alle pallide stelle intuona accanto,
messaggiera amorosa
del sol; siccome in selva silenziosa,
sul morir della sera,
con voce mesta e bella
l'occulto usignuoletto si querella.

E poscia l'astro-Re fecondo bagna
il vallo e la montagna;
col raggio che saetta
sface e converte in breve
in rivoli la neve
che precipitan svelti dalla vetta
con selvaggi rumori,
bagnando la campagna
piena di luce, di canzoni e fiori.

Come al nido affacciato,
l'implume capo in giro ognor movente,
il pulcino innocente
luce, acque, e campi mira addolorato!
Del mondo a contemplar le riche gale,

spiegar vorrebbe l'ale,
e vivere, e volar; ma lo paventa
l'estension dello spazio, e retrocede,
ritenta, ed altra volta al timor cede;
in fin che il padre il guida, e incompagnía
vigilante gli addita
un col periglio la secura via.
Se il novello augeletto
debile ancora é al volo,
discende premurosa
la madre, che 'n sua assenza non riposa,
a raccoglier dal suolo
pel nido che protegge, e le é si caro,
or fieno, or paglia, o il bioccolo sottile
tolto all' agnello
dal roveto avaro,
o d'altro amico augello
le perse piume, ed i fragranti odori
d' erbe, d' aromi, e petali di fiori
necessario alimento
della famiglia che lasció un momento:

e quando al nido torna,
piena d'ansia materna, e inmenso amore,
un pipillio, un rumore
s'ode per entro di confusi suoni
come di baci, e di benedizioni.

II.

Passar le mattinate sorridenti
e delle estate le tranquille notti;
le bufere sorvennero ed i venti
che le pendici, e i piani
spogliano di bellezza,
seco portando il gelo, e la tristezza.
Infra l'orror sublime
dei campi, che fin l'anima sospende,
l'olmo alle nubi stende
le discarnate braccia, e geme al suono
di Borea tempestoso
che ne sferza e calpesta il tronco annoso.
Mute le selve stanno;

e copron nevi, e brine
i nudi arbor languenti,
d' ottobre al triste soffiar de'venti.
Pei deserti del ciel,
dei nembi nato,
libra pesante i vanni
rapace augel da preda, ed affamato
per torve brame gracidante, e ronco,
che il rostro aguzza
in selice, od in tronco.
E nel cavo d' un leccio, o d' un burrone
fra sterpi a penzolone,
o in un angol di vecchio palombare
ove non ví ha calor di focolare,
soli si veggon sporti
siccome vacue culle
di fanciulletti morti,
i nidi che altro die
popolar valli e monti d' armonie.

RUINAS.

(ARMONIA DA TARDE.)

Cansado é soyo, un dia
senteime cand'o·aniño iba morrendo,
á ô pé do endebre muro,
vella defensa é límite d'un puebro.

Po'-las abertas fendas
casa qu'as sabandixas abre o tempo,
oxe o lagarto mira
con fria ollada o estrago en torno feito.

Sin córe a trepadora,
ortiga vil é xaramago enfermo,
cuyos mostios ramallos
moven os aires á ô pasar xemendo,

coroan capiteles
é o crevado pórtico d'un tempro,
que tende na llanura
antre polvo d'altares o esqueleto.

Xá no lare sagrado
lume n'encende a nay, o son de un rezo,
é da tisnada pedra
a borralliña os ventos xá barreron;

e xá d'os vellos arcos
é colunas anacos van caendo,
cal un-ha é outra vágoa
cay dos ollos d'un triste sin achego

¡Cómo as muchadas follas
s'arrincan do ramal donde naceron,
anaquiños da vida
con qu'a vista encantaba o souto ameno!

¡E cal amostra o rio,
cuasiq' enxoit'o empedregado leito,
regüeiro miserable
d'outro farto raudal, limpo é sereno!

¡Cal os outeiros arden
do sol d'outono o lámpo derradeiro,
mentras sombrisa a noite
vay caladiña ós valles sorprendendo!

Bataladas á o lonxe
da un-ha campana sospirando resos;
á a tarde qu'agonisa
mándalle a relixion o *adios* mais tierno.

E ó moucho revoando
berra tamen con chilos agoreiros,
coma morto sin tomba
qu'anda soyo arredor d'un simenterio.

Cand'as alas sacude
a vos desperta de dormidos ecos;
é parés que resoa
tras do que pasa pensatibl' é austero,

o runxir misterioso
de visiós qu'en tropel forman os medos,
po lo chan arrastrando
brancos sayals, con hábitos d'enterro.

Ou ben que resusita
a pobracion do seu reposo eterno;
rendido pelegrino
que cobra, descansando, novo alento,

e a camiñata emprende
a o doce amañecer d'un dia sereno,
que crube os seus albores
baix' un de nubes pudoroso velo.

Mais acábase o encanto
un momento despois; así os xá restos
d'as ilusiós mortiñas
enchen da alma o delorido seyo.

E ora outra ves do muro
os cantos sin parar rolan desfeitos,
é a seu compá'-las follas
mostias cánse da pónla ondé naceron;

cal un-ha e outra vágoa
cay dos ollos d'un triste sin achego,
ou anacos da vida
con que a vista encantaba o souto ameno.

Todo así pasa; a sombra
sigue de cote á lus do craro ceo;
é a vellés caduca
da mocedá ê recordo pasaxeiro.

Ti soyo non acabas
¡ou esprito que ximes nun encerro!
mais con man compasiva
a mort'a, o fin, querbantará os teus ferros.

Quedará o fraxil vaso
da tua esensia imortal anacos feito,
é po'-los aires ela
en busca irá do seu amor eterno.

Á a tua perdida terra
voarás lixeira do manchado suelo,
qu'as tuas alas tocaron
a o pousarte do mundo no deserto.

Nel ¡ay! triste a recordas,
como da sua os azulados ceos
o probe desterrado
na veiriña d'os rios estranxeiros.

FIN DE LAS ARMONÍAS.

LIBRO II.

CANTARES.

PRÓLOGO.

En España no existe propiedad literaria: hay una ley en que se consigna; pero ¿cómo?... poniendo límites arbitrarios é inícuos al derecho, y autorizando con su fuerza y solemne consagracion el despojo de los escritores por la sociedad, trascurrido el término en la tal *ley* marcado. No hay comunismo de peor género. La Sierra-Morena de la literatura nada tiene que envidiar á la antigua Sierra-Morena de Andalucía. Diríase que al galantear el escritor á la sociedad, apurando para conquistarla cuantos recursos le inspira su genio, ella ¡la egoista! le ha respondido:

Si quieres que yo te quiera,
ha de ser con condicion
que lo tuyo ha de ser mio,
y lo mio tuyo no.

Todo el mundo es dueño de poseer lo que le pertenece, y poseerlo (si gusta) á perpetuidad, por sí ó por sus legítimos sucesores; el único desheredado es el escritor. En vida, le desnuda cualquiera; á poco de morir, sus obras pasan al dominio público, sin duda por razones de... gloria nacional. ¡Qué sarcasmo! Esta disposicion de la ley es, sin embargo, lógica: en España la literatura es un Calvario; la cruz de cada mártir debe tener su *Inri* correspondiente.

¡Y si al fin, mala y todo como es la ley, se observase en lo poquísimo que de bueno tiene!... Pero los hechos acreditan lo contrario; y la culpa de esto no consiste en los encargados de aplicarla, sino en los que mas debíamos cuidar de su observancia, en los escritores, que abandonamos nuestros intereses á todo el que se le antoja aprovecharse de ellos; cosa que no se hará en adelante, si la prensa clama contra el abuso que entrego á su reprobacion, y la sociedad de autores se organiza, para que la literatura principie aquí á ser algo mas que un oficio menudo.

Cantares mios, insertos en *La América,* en el *Museo Universal* y otros periódicos literarios,

á los cuales, juntamente con todos los políticos de esta córte, han debido cierto favor y popularidad (y cuya benevolencia nunca podré agradecer bastante), los he visto, al cabo de mucho tiempo de su primera publicacion, reproducidos á menudo con absurdas variantes, sin que nadie se acordara ya de citar mi nombre, ni las fuentes de donde los habian tomado.

La historia de estos hechos es, en resúmen, la que sigue:

Publicados los Cantares en Madrid, con mi firma al pié, iban á las provincias; allí se les echaba la tijera, insertábanse ánónimos, y volvian á esta capital, en donde viéndolos, al parecer, huérfanos de padre, eran depositados en el torno de la gacetilla, esperando quizá que el autor de los expósitos los reclamara y los reconociera, sin avergonzarse.

Pero en la *exposicion*, no muy lejana, de los últimos, en número de nueve, se llegó al estremo de ponerles este epígrafe: *Hé aquí unos cantos populares, que son indudablemente un poema de amor.* Al leer yo las palabras que anteceden faltóme la paciencia, y anuncié por medio de un comunicado que me hallaba dispuesto á

usar de mi derecho ante los tribunales, contra el que en lo sucesivo publicase composiciones mias sin mi consentimiento. Es de advertir que antes se habia cometido ya la insolencia de hacer una cosa parecida con un artículo mio de Noche-Buena, el cual ví dedicado á un señor J.

Hé ahí, pues, algunas de las causas de apresurarme á dar á luz la presente edicion, sin tiempo siquiera para concluir un estudio que habia principiado sobre los Cantares, con observaciones acerca de lo que para el objeto debe entenderse por pueblo, que es, ni mas ni menos, lo que entendia el Sabio rey de las *Querellas* (Partida II, Tít. X, Ley 1.ª); es decir, *«el ayuntamiento de todos los omes comunalmente, de los mayores, é de los medianos, é de los menores;»* y sobre lo que se entiende, por una lamentable preocupacion: *«cuydan algunos quel pueblo es llamado la gente menuda, assi como menestrales é labradores. E esto no es ansi...»* ¡Y tanto como es *ansi*, en concepto de muchas personas, las cuales consideran á la colectividad de gente rústica, ignorante, inculta, al vulgo, en fin, no al pueblo, sin otra razon que *porque sí*, como autor de poemas delicadísimos

del género de que se trata (uno de los mas difíciles) y á quien se convierte en taumaturgo, colgándole milagros estupendos de que el pobre se halla bien inocente!

Afirmar esto del vulgo, y no sólo afirmarlo, sino suponer que es superior al poeta ni en cantares ni en obra alguna, equivale á suponer que el pintor de brocha gorda eclipsa á Gisbert, que un parroquiano de taberna compone música de seguidillas mas bella que Barbieri, y que Perico el Ciego las canta de un modo que dice á Salas: *¡Vaya usted á la escuela!* Podrá el vulgo producir *alguna vez* (y es mucho concederle) cantares de mérito innegable; pero una golondrina no hace verano. El flautista de la fábula *sonó* tambien el instrumento que le hizo considerarse como una notabilidad. No olviden los que presumen que es posible cantar bien sin meditacion ni estudios de ninguna clase, como los pájaros, que no todos los pájaros son ruiseñores, que entre ellos hay gansos, buhos, grajos y fastidiosos gorriones! ¡Dios ponga tiento en la mano de los que se dediquen á la pesca de perlas vulgares, pues si mereciera archivarse todo el inmenso fárrago que con-

tienen las colecciones publicadas desde la de Don Preciso acá (1), y el que existe aún por coleccionar, el Parnaso español agradeceria en el alma al señor Mollinedo que estableciese en él, por de pronto, una docena de *docks* para almacenarlos cuidadosamente! ¡Imposible parece que personas provistas de una buena racion de nariz literaria hayan podido aspirar, como si fuese delicado perfume de rosas, el olor de ciertas flores vulgares, y aun recomendarlas á la nariz del público! Pero vamos al caso.

Los Cantares que este libro encierra han sido creados al calor de mi corazon y á la luz de mi alma, y responden, como ecos de diversas épocas y circunstancias de mi vida, en sus mani-

(1) Imprimióse en Madrid la coleccion de Don Preciso por don Francisco de Laparte, el año de 1815 (segun mis noticias); es decir, hace medio siglo. Conozco y poseo, además de esta, otra dada á luz en Barcelona (1825) por la viuda de don Agustin Roca. Estos hechos responden victoriosamente á la acusacion de abandono que sobre el particular se atribuye en otras mas recientes, y con demasiada ligereza, á los españoles; cuando quizá hayan sido los que han dado ejemplo á otras naciones en esta clase de trabajos. Lo que digo de los cantares, puede aplicarse tambien á los cuentos, anécdotas, consejas, etc.

festaciones esternas, á la voz profunda del sentimiento y del espíritu que yo, igualmente que cada hombre, escucho dentro de mí mismo. Lágrimas, suspiros, deseos, ironías, ayes, sollozos, gritos, esperanzas, recuerdos, sarcasmos, amarguras, consuelos, gemidos... todas las notas sueltas y fugitivas del misterioso concierto del mundo interior, fuente de estos poemas en miniatura, se pierden si el poeta no las aprisiona en su vuelo y las realiza en el arte y por medio del arte. Esta facultad, este don, este poder es lo que distingue del vulgo al poeta: el vulgo siente mucho y siente bien, pero espresa mal; y espresa mal porque carece de arte; y carecer de arte en un género de poesía altamente artístico, como los Cantares, en los que el buen gusto, la novedad, la concision, la agudeza, la sencillez, lo natural y espontáneo del estilo, lo correcto de las líneas y la sobriedad, rarísima por cierto, en el uso de los adjetivos son tan esenciales como el sentimiento y la idea, es verse imposibilitado para producir composiciones dignas de aprecio. ¡Júzguese por lo dicho, lo difícil de la empresa!

Las capas inferiores de la sociedad no se ha-

llan espuestas á tan frecuentes alteraciones como las de la superficie: el trabajo del tiempo, auxiliado por circunstancias distintas, es mas lento en las primeras que en las segundas; así pues, el poeta que desee imprimir á sus obras carácter nacional, debe descender del pueblo al vulgo, asimilársele, identificarse hasta cierto punto con él, hacer un estudio serio y constante de su manera de sentir, de pensar y de espresarse; y sometiendo al crisol del arte sus palabras, sus giros, sus locuciones, sus refranes, sus idiotismos, el oro, en fin, de su habla llena de impurezas, estraer los materiales que han de servirle para modelar su creacion estética, sus Cantares (puesto que de Cantares hablo); procurando tambien conservar en ella hasta donde sea posible y conveniente el olor, el color y el sabor (si vale decirlo así) castizos, auténticos, genuinos y permanentes de las obras del vulgo, las cuales, bajo este aspecto miradas, tienen un valor intrínseco positivo.

Pero voy dejando correr la pluma, y no es mi objeto estenderme hoy sobre lo que acerca del particular me ocurre.

Lo que hoy me importa consignar, y lo hago

con dolor, es que si pude sufrir años enteros, sin quejarme, los incalificables atentados cometidos contra los intereses materiales que la propiedad de mi trabajo representa, ni debo, ni puedo tolerar ataques á un interés mas alto, mas sagrado, los ataques á mi conciencia, á mi probidad literaria; pues no significa otra cosa lo que, de buena fé sin duda, se ha hecho al poner á la cabeza de los nueve cantares á que aludo las palabras que arriba menciono, guillotinando antes mi nombre con la tijera periodística.

Dos palabras para concluir.

Noticioso yo de que algunos de los señores que cito á continuacion dispensaban á varias obras mias el honor de trasladarlas á su idioma, les pedí que me permitiesen incluir en este libro las que mas relacion tienen con él, así para favorecer mi nombre con la buena compañía del suyo, como para que fuesen conocidos tan estimables trabajos. Circunstancias que no hace al caso referir, me privan del gusto de publicar en esta edicion las versiones inglesa y francesa, con que me brindan personas ilustradas; pero lo verificaré en otra.

Los Cantares llevan en la traduccion el mismo número que en el original.

La traduccion gallega se debe á la señora doña Rosalía Castro de Murguía, quien, con sus célebres glosas de Cantares de su país, se ha colocado entre los mas esclarecidos poetas contemporáneos.

Tambien es suya la de *Ruinas.*

La italiana, la ha hecho el señor Gottardo Aldighieri, primer barítono absoluto del teatro Real de esta córte, cuyo nombre de artista, conquistado en los principales de Europa, recibe nueva sancion con los aplausos de nuestro público. Ha escrito, entre otras obras de mérito, una titulada *Conforto è lacrime* que le acredita por sí sola de poeta notable, segun la opinion de personas competentes que la conocen; y en la actualidad se ocupa en tomar apuntes para una histórica que dedica á los jóvenes de Verona, su país natal. Llevado del cariño que el nuestro le inspira, estudia nuestra lengua, deseoso de conocer á fondo la literatura española. Espronceda y Zorrilla, entre los modernos, tienen en él un admirador sincero; y el que escribe estos desaliñados renglones sabe que le distingue

actualmente con la traduccion de sus *Elegías*.

La de *Los Nidos* tambien es del señor Aldighieri.

La portuguesa es obra del ilustre escritor lusitano Claudio de Chaby, capitan de caballería en el ejército del vecino reino, y ayudante del actual ministro de la Guerra, Sa-da-Bandeira. Dos libros de milicia ha publicado, un volúmen de poesías líricas, y traducciones de varias españolas del género dramático, principalmente de Breton de los Herreros, representadas con aplauso en el teatro de Doña María II, de Lisboa. En 1861 vino á España, comisionado por el Gobierno de Portugal, á recorrer nuestros archivos y bibliotecas y tomar datos para escribir la Historia de la guerra peninsular con la República francesa, en los años de 1793 y 95, de la cual ya ha aparecido el primer tomo, grandemente apreciado por diversas corporaciones literarias, y en el cual se hace justicia á España y á su ejército con un interés y un cariño que rara vez tenemos el gusto de observar en escritores estranjeros, cuando de nuestras cosas tratan. El señor Chaby no ha recibido de España ninguna

prueba de consideracion, ni de agradecimiento: no lo estrañe; si hubiera dicho pestes de nosotros, quizá se le hubiera dado una cruz... para crucificarnos.

La alemana lleva al pié del manuscrito el pseudónimo Franz Heinrich Steinlem: la escesiva modestia de la persona que lo ha adoptado me impide revelar su verdadero nombre; mas no el placer de decir que es persona de erudicion profunda, que vive hace muchos años en España, que conoce nuestras costumbres y admira nuestra literatura.

Finalmente, la traduccion catalana es de don Víctor Balaguer, que, á sus laureles de insigne poeta popular, acaba de añadir los no menos gloriosos de historiador del Principado.

V. R. Aguilera.

CANTARES.

PRELUDIO.

Mi corazon solitario
es un nido de cantares;
en él duermen y en él viven
como en su nido las aves:

—

cuando el dolor los despierte,
ó cuando el placer los llame,
llenarán de alegres ecos
ó de tristeza los aires.

I.

La guitarra que yo toco
siente como una persona;
unas veces canta y rie,
otras veces gime y llora.

II.

Tu pálido rostro, niña,
es como noche de luna,
y la mata de tu pelo
de color de noche oscura.

III.

Cuando orillita del rio
tus piés de azucena lavas,
tiembla de amor la corriente,
suspira el viento en las ramas.

IV.

Los clavos que en piés y manos
le pusieron al Señor,
clavados su pobre Madre
los tiene en el corazon.

V.

Es el amor tuyo
nube pasajera;
vino con un viento,
y otro se lo lleva.

VI.

Parte, corazon, volando,
y pregúntala si hay sitio
en su corazon de roca
para hacer en él un nido.

VII.

Tus ojos copian el dia:
¿los entornas?... amanece;
¿los abres?... el sol deslumbra;
¿los cierras?... la noche viene.

VIII.

Dijo en la cumbre mi orgullo:
«pocos han llegado aquí:»
en esto pasó volando
un insecto sobre mí.

IX.

Mucho te guarda tu madre,
pues rejas cierra y balcones:
¡como si entrase por ellos
amor en los corazones!

X.

¡Qué yerba! ¡Qué luz! ¡Qué fuente!
¡Qué canto de ruiseñor!...
¡Qué sitio, morena mia,
para merendar los dos!

XI.

Hay un señor en mi tierra,
un señor tan importante,
que siempre está en candelero...
se llama... *el señor don Nadie.*

XII.

El sol regaló á la Vírgen
el manto de luz que lleva;
la noche, por no ser menos,
una corona de estrellas.

XIII.

El mundo me dió un libro;
yo soy tan lerdo,
que cuanto mas lo estudio
menos lo entiendo.

XIV.

Sin flores ha nacido
la primavera,
y pide una limosna
de puerta en puerta:
dale tú, niña,
un puñado de flores
de tus mejillas.

XV.

El santurron de abajo
se está muriendo:
¡qué hacecito de leña
para el infierno!

XVI.

Al que tiene dinero
todos le adulan;
pero viéndole pobre
nadie le busca:
tal vez se dicen:
—«lámpara sin aceite
¿para qué sirve?»

XVII.

Anda, ve y dile á tu madre
si me desprecia por pobre,
que el mundo da muchas vueltas,
que ayer se cayó una torre.

XVIII.

A un hombre que no te quiera,
(porque aprendas á sufrir)
¡ojalá le quieras tanto
como yo te quise á tí!

XIX.

Donde jurabas amarme
ya pueden, falsa, poner:
«Aquí mataron á un hombre;
»al cielo rogad por él.»

XX.

Una trenza tengo suya
que no miro sin temblar,
pues para un desengañado
una trenza es un dogal.

XXI.

Del cielo cayó una carta
con dos versos que decian:
«El que siempre mire abajo
«no verá lo que hay arriba.»

XXII.

Cantando pasan los quintos
con guitarra y pandereta;
cuanto mas alegres pasan
mas triste la gente queda.

XXIII.

Ya no quiero ir á tu fuente
esperanzas á beber,
porque me encienden el alma
y no me apagan la sed.

XXIV.

Tiene el altar de mi pecho
una imágen y una luz;
es la luz el amor mio
y la imágen eres tú.

XXV.

El dolor me llamó hermano
en mi niñez cierto dia;
y yo no le dí la mano
porque aún no lo conocia.

XXVI.

Si tú fuentecilla fueras
y yo fuese pasajero
¡cómo de agua se pondria
este pobrecito cuerpo!

XXVII.

En la cárcel de mi pueblo
como en el mundo sucede;
ni debe todo el que paga,
ni paga todo el que debe.

XXVIII.

Llaman á tu madre
caña de pescar:
si tú eres el cebo,
¿quién no picará?

XXIX.

De la luz de tus ojos
con ánsia bebo;
no los cierres, tirana,
que de sed muero.

XXX.

A la muerte le digo:
—«dame tu mano,
»que de andar por la vida
»ya estoy cansado;»
pero la muerte
nunca va á quien la llama;
va á quien la teme.

XXXI.

La niña que yo adoro
tiene un molino,
que muele mi esperanza
mejor que el trigo.

XXXII.

Muchos á ver comedias
van al teatro;
yo me voy al del mundo,
que es mas barato;
y en él observo
que están representadas
con mas acierto.

XXXIII.

Quítate de esa ventana,
y escucha un consejo, niña:
maceta que no está al aire
los pájaros no la pican.

XXXIV.

A un charlatan he jurado
que, si me guarda secreto,
le diré todos los mios...
cuando sepa que él se ha muerto.

XXXV.

La abeja busca las flores
para robarles su miel:
mi pensamiento es abeja,
tu boca rojo clavel.

XXXVI.

Cantar que del alma sale
es pájaro que no muere;
volando de boca en boca
Dios manda que viva siempre.

XXXVII.

El que á los pobres se baje
no baja su condicion,
pues la pobreza la quiso
el mismo Dios, con ser Dios.

XXXVIII.

En tu escalera mañana
he de poner un letrero,
con seis palabras que digan:
«Por aquí se sube al cielo.»

XXXIX.

Durmiendo bajo unos olmos
la ví solita en el monte;
me acerqué pisando quedo,
y... no soñé mas anoche.

XL.

Tendí una mirada al cielo,
eché una sonda en el mar,
bajé al corazon humano
y fondo no pude hallar.

(Variante del mismo).

Medí con la vista el cielo,
con la sonda esploré el mar;
bajé al corazon humano
y fondo no pude hallar.

XLI.

Permita Dios que te siga
un novillo... imaginario;
que tropieces... en mis ojos,
y que caigas... en mis brazos.

XLII.

Dios al mar límites puso
y los puso á la hermosura;
cuentan que cuando naciste
dijo en latin: *¡Non plus ultra!*

XLIII.

Al zapatero pregunto
por qué mi calzado tuerzo;
y responde: «parroquiano,
porque no anda usté derecho.»

XLIV.

À Dios un abogado
le imita en esto:
Dios, de nada hizo un mundo,
y él hace un pleito.

XLV.

Darte quise mil besos
por uno tuyo;
tú por los mil no quieres
darme ninguno:
anda, roñosa;
¿para qué te las echas
de generosa?

XLVI.

El que bien hace á ingratos
es como el necio
que en el aire echa firmas,
y agua en un cesto.

XLVII.

La corriente del rio
tu imágen copia,
que se rie, se esconde,
vuelve y se borra;
yo digo al verla:
¿si será así la imágen
de su firmeza?

XLVIII.

Salerito, resalero,
que sal derramando vas;
¿cómo derramando tanta
no se te acaba la sal?

XLIX.

Me quisiste cuando tuve;
ya no tengo, y me desprecias:
eres como la campana
que, si no le dan, no suena.

L.

Ningun sabio satisface
esta duda que me hiere:
¿es el que muere el que nace,
ó es el que nace el que muere?

LI.

En la reja de está casa
un faro deben poner,
para que nadie se estrelle
en la falsedad de usted.

LII.

Llevan á los paseos
muchas niñas de ahora,
los vestidos muy largos,
la vergüenza muy corta.

LIII.

Despues de hacerte, Dios quiso
poner un lunar por firma;
cogió el sello de su gracia
y lo estampó en tu mejilla.

LIV.

Cuenta, y verás cómo acabas
antes que yo de contar:
contaremos, yo... mis penas,
tú... las arenas del mar.

LV.

Por el rosal que he plantado
estoy sin cesar temiendo,
en verano, los calores,
las heladas en invierno.

LVI.

Nubes de galanes
siguen á mi bien:
nunca faltan moscas
donde está la miel.

LVII.

El sol sale para todos
cuando anuncia el almanaque:
hasta que á tí no te veo
el sol para mí no sale.

LVIII.

Sepan soltera y casada,
pues les conviene saberlo,
que no basta ser honrada;
es preciso parecerlo.

LIX.

Si tienes frio algun dia,
tú me buscarás, soberbia;
que hasta del árbol caïdo
ya sabes que se hace leña.

LX.

En la copa de un árbol
cantaba un cuco:
«para medrar, no hay cosa
como ser burro.»

LXI.

Por tu mucha inconstancia
yo te comparo
con peseta que corre
de mano en mano;
que al fin se borra,
y creyéndola falsa
nadie la toma.

LXII.

Los que en promesas fian
son como el gallo,
que antes de que amanezca
ya está cantando.

LXIII.

El otoño desnuda
prados y bosques;
pero mayo los viste
de hojas y flores.
¡Ay, dicha breve!
¡Primavera del alma,
tú ya no vuelves!

LXIV.

Antes de hacerle la caja,
á un muerto avaro midieron,
y el tuno encogió las piernas
para que costase menos.

LXV.

No te pongas colorada
al pasar por este valle,
pues como no tiene lengua
no contará lo que sabe.

LXVI.

La mujer es un misterio,
misterio que nadie alcanza;
ya es rosa sin una espina,
ya panal de miel amarga.

LXVII.

Es la conciencia un espejo;
muchacha, mírate en él,
á ver si te ves tan bella
como en el de esa pared.

LXVIII.

En el cielo hay alboroto
porque faltan dos luceros:
¿sabes quién los ha robado,
morenita de ojos negros?

LXIX.

Las hilanderas, madre,
sus copos hilan;
lo mismo hilando el tiempo
va nuestras vidas.

LXX.

A los rayos de la luna
modesta se abre una flor;
para que el sol no la queme
se cierra al salir el sol.

LXXI.

Por ella lo perdí todo;
sólo me dejó su olvido
lágrimas para llorarlo,
corazon para sentirlo.

LXXII.

Dices tú que me quieres,
y yo lo creo;
pero dame un anteojo,
que no lo veo.

LXXIII.

Ningun trono de la tierra
se compare con la Cruz,
suplicio cambiado en trono
por la muerte de Jesus.

LXXIV.

Forman la muerte y la ausencia
en el alma un cementerio,
con nichos donde el olvido
va enterrando los recuerdos.

LXXV.

Persiguiendo va la tropa
un contrabando de sal;
escóndete, vida mia,
que si no te prenderán.

LXXVI.

De esperanzas cargado
mandé un navío;
por ese mar adentro
se me ha perdido.

LXXVII.

Aunque canto, no canto
de buena gana;
yo canto como el ave
presa en su jaula.
¿Cuándo, alma mia,
de romper tus prisiones
llegará el dia?

LXXVIII.

El lujo de esa pobre
 ya no me estraña;
para vestir el cuerpo
 desnuda el alma.

LXXIX.

Cuando sales del agua,
 cara de cielo,
tu cabellera oscura
 parece un velo;
 parece un manto
que de tu pecho hermoso
 dobla el encanto.

LXXX.

Dicen que dicen que tiene
la mina filones de oro;
el oro estará debajo,
lo de encima es piedra y lodo.

LXXXI.

Tengo yo un fiel amigo;
me quiere tanto,
que el bendito me empuja
si me resbalo.

LXXXII.

Yo salí á probar fortuna
por esos mares afuera;
naufragué, y lo perdí todo...
sólo he salvado mis penas.

LXXXIII.

Santa, ya sé que eres diablo;
si antes lo hubiera sabido,
no hubiera, inocente, sido
lámpara de tu retablo.

LXXXIV.

Cada vez que considero
que eras mia, y eres de otro,
el corazon se me parte,
de llorar ciegan mis ojos.

LXXXV.

Por diversion deshojando
te ví una rosa inocente:
¡qué diversiones tenemos
los hombres y las mujeres!

LXXXVI.

Don José el avaro,
viendo que llovia,
me prestó un paraguas...
que ya no servia.

LXXXVII.

Me han dicho que me aborreces;
si quieres verme morir
con darme un beso, morena,
doblar ya pueden por mí:

—

si con un beso me matas,
no tengas remordimiento;
verás cómo resucito
así que sienta otro beso.

LXXXVIII.

La casa de mi vecino
dos puertas tiene á dos calles;
cuando el hambre entra por una,
por otra la virtud sale.

LXXXIX.

A la casa de locos
fuí á comprar juicio,
porque en la de los cuerdos
se ha concluido.

XC.

El dia en que tú naciste
cayó un pedazo de cielo:
cuando mueras y allá subas,
se tapará el agujero.

XCI.

Desde que estoy caïdo
parezco percha,
donde todo el que viene
su capa cuelga.

XCII.

Son de los desgraciados
las esperanzas,
burbujitas que el aire
forma en el agua;
brillan y, en breve,
por el aire deshechas
aire se vuelven.

XCIII.

La de la escoba digo,
barra su puerta;
mas no eche la basura
sobre la ajena.

XCIV.

Cuando duermo en la vida
mas descuidado,
oigo á veces el eco
de un aldabazo:
no sé quién llama,
pero sé que lo escucha
temblando el alma.

XCV.

Muchos hay de la casta
de los gorriones;
lo que sembraron otros
ellos lo comen.

XCVI.

Al trabajo, compañeros,
que en la vida cada flor
tristes lágrimas la riegan
y la fecunda el dolor.

XCVII.

Dicen que soy un vinagre,
tú eres la sal y la gracia;
dame escarola y aceite...
y cátate una ensalada.

XCVIII.

Años ha, la ví de noche,
desnuda, hambrienta y llorosa;
ayer pasó en carretela
como fantástica sombra:

—

y siempre lástima dióme;
que, si antes el cuerpo flaco,
ayer la infeliz llevaba
cubierta el alma de andrajos.

XCIX.

En el costado de Cristo
de sangre una fuente mana,
de sangre tan pura y limpia
que nuestros pecados lava.

C.

Cuando tú me miras,
me derrito yo
(aunque no soy nieve)
como nieve al sol.

CI.

Creo en Dios, creo en su Madre,
y en unos ojos muy negros,
que, aunque de veras me engañan,
lo estoy viendo y no lo creo.

CII.

Audiencia da la fortuna;
pero el que acude á su audiencia
tiene que bajarse mucho,
porque es muy baja la puerta.

CIII.

Para ir de este mundo al otro
atravesamos un mar;
tal vez por eso á la cuna
forma de barco le dan.

CIV.

Quise, y tú no quisiste;
quieres, y digo:
«tierra que otro ha segado
yo no la espigo.»

CV.

Soñé que el olmo da peras,
que sin agua estaba el mar,
y hasta soñé que fiel eras...
¡mira tú si fué soñar!

CVI.

Vientecito que al valle
del monte vienes...
¡pasa, pasa despacio,
que mi amor duerme!

CVII.

Por dos ojos azules
que tuve antojos,
pasé todas las penas
del purgatorio;
quise á unos negros,
y caí de patitas
en el infierno.

CVIII.

Ningun hombre se ria
de que otro llore,
pues sin causa muy grande
no llora un hombre.

CIX.

En el ramo de flores
que te presento,
verás, luz de mis ojos,
un pensamiento;
para que sepas
que, aunque tú olvidar sueles,
de tí se acuerdan.

CX.

En la aduana del mundo
la inocencia me quitaron,
diciendo que es la inocencia
género de contrabando.

CXI.

Mamando Júdas, cuentan
que habló, diciendo:
—«¿quién me compra á mi madre?
que yo la vendo.»

CXII.

Ya sabes que con el fuego
duros metales se ablandan:
hemos de llevar, morena,
tu corazon á una fragua.

CXIII.

Vuelve, niña, y rodea
por otra calle,
pues como en esta hay lodo
puedes mancharte.

CXIV.

Es del enemigo malo
tu andar una tentacion;
pero tentacion que tiene
toda la gracia de Dios.

CXV.

Por no dar limosna á un pobre
un hipócrita, en la plaza:
—«Yo las doy (dijo) en secreto,
como Jesucristo manda.»

CXVI.

De un libro, que me dió chasco,
me enamoré por el forro;
antes de saber si vale
no volveré á comprar otro.

CXVII.

Busque usté otra posada,
que aquí no hay cuarto;
uno tan sólo habia...
ya está ocupado.

CXVIII.

Un hombre cantaba un dia
(su negra suerte al cantar)
que agua en el mar no hallaria,
si por agua fuese al mar.

CXIX.

Mira cómo corre el agua,
cómo se agosta la yerba,
cómo una luz se consume,
y dime si algo te enseñan.

CXX.

De que usted no me quiera
tanta pena me da,
que me doy con cebolla...
y comienzo á llorar.

CXXI.

Te dí la llave del pecho
y el corazon me robaste;
¿quién á ladrones confia
de su tesoro la llave?

CXXII.

Un tiesto de claveles
dí á mi vecina;
al ver los de su boca
mueren de envidia.

CXXIII.

Mis ojos en los tuyos
se han enganchado;
quedóse de tus ojos
mi alma colgando:
yo no sabia
que eran ojos de escarpia
tus ojos, niña.

CXXIV.

De jorobas del cuerpo
todos se burlan;
¿quién habrá que en el alma
no lleve alguna?

CXXV.

¿Por qué—dime—ese velo
no te lo subes?
¿No es mas hermoso el cielo
cuando no hay nubes?
Tras esas blondas,
el cielo de tu cara,
por Dios, no escondas.

CXXVI.

El cuerpo es cárcel del alma;
y del alma en el proceso
es juez la propia conciencia,
verdugo el remordimiento.

CXXVII.

Diciendo está el cigarro
lo que es la vida:
fuego de unos instantes,
humo y ceniza.

CXXVIII.

Tus ojos verdes recuerdan
el verde color del mar:
¡infeliz del que los mire,
como no sepa nadar!

CXXIX.

¡Qué bello es tu rostro, niña!
¡Y qué dulce tu mirada!
¡Y tu voz, qué seductora!...
¡Quién pudiera verte el alma!

CXXX.

Las anguilas y la suerte
se la pegan al mas guapo;
cuando vamos á cogerlas
se escurren entre las manos.

CXXXI.

Arcaduces de noria
son ¡ay! mis dichas;
las que llenas subieron
bajan vacías.

CXXXII.

Caminando á la ausencia
perdí el camino,
tropecé en la inconstancia,
dí en el olvido.

CXXXIII.

Tus mejillas y tu frente
son de jazmin y de rosa;
dos flores, luz de mi vida,
que cualquier viento deshoja.

CXXXIV.

Con ese andar menudito
y ese menudo rigor,
tú á la menuda me matas,
yo me muero por mayor.

CXXXV.

Entro en mí mismo, y tiemblo,
tiemblo y me turbo,
al ver que es sólo el alma
luz de un sepulcro.

CXXXVI.

Desde el deseo que nace
hay hasta el goce mil leguas;
pero del goce al hastío
en un momento se llega.

CXXXVII.

Eres fuego, y me hielas;
miel, y me amargas;
luz, y á oscuras me tienes;
vida, y me matas.

CXXXVIII.

Te equivocas, y mucho,
si es que presumes
que porque eres martillo
yo he de ser yunque.

CXXXIX.

Tus piés son piés de niño;
nadic comprende
cómo sobre ellos firme
tenerte puedes;
yo estoy temiendo
quc ese hermoso edificio
se venga al suelo.

CXL.

Un campanario busca,
no me enamores;
que si tú eres veleta
yo no soy torre.

CXLI.

Es el alma del hombre
vellon de oveja,
que en las zarzas del mundo
pedazos deja;
y aun hay persona
que no deja pedazos,
la deja toda.

CXLII.

Los brazos de la Cruz santa
siempre abiertos, significan
muchas culpas en el hombre,
en Dios clemencia infinita.

CXLIII.

Laguna cuyos cristales
al bosque sirven de espejo,
tu apariencia no me engaña;
ya sé que en tu fondo hay cieno.

CXLIV.

Mira al saltar el arroyo,
no se te vaya algun pié;
mira que va muy crecido,
mira que puedes caer.

CXLV.

Aunque á Dolores quiero,
quiero á Teresa;
que no anda bien un carro
con una rueda.

CXLVI.

Por causa de ese palmito
no como ni duermo ya:
quiérame usté un ochavito,
que Dios se lo pagará.

CXLVII.

En el árbol de mi vida
las ilusiones cantaron;
tiró el dolor una piedra...
¡ay de mí! todas volaron.

CXLVIII.

Hojas del otoño,
secas y amarillas;
¿por qué se entristecen
todos los que os miran?

CXLIX.

En la ciencia de la vida
solamente hay dos tratados:
uno, *de las ilusiones*,
otro, *de los desengaños*.

CL.

En la fuente de agua dulce
que hay al pié de la montaña,
cayó una lágrima mia...
la fuente se ha vuelto amarga.

CLI.

Desde que me quieres
ni como, ni bebo;
con verte y hablarte
mi vida sustento.

CLII.

Por Dios, no estés enseñando
la puntita de ese pié;
la ví una vez, no sé cuándo,
y me dió yo no sé qué.

CLIII.

Hay quien cuatro quintales
de peso lleva;
mas llevo yo, y no caigo...
llevo mis penas.

CLIV.

¡Qué caïdita de ojos
tienes, muchacha!
¡Será milagro, al verla,
que yo no caiga!

CLV.

Despues de buscar sitio
por todo el mundo,
el amor en tu pecho
su trono puso;
que el mundo todo
mejor sitio no tiene
para su trono.

CLVI.

Para encender mi fragua
no tengo fuelle;
sopla, verás qué lumbre
tu soplo enciende.

CLVII.

Pobre mosca es la vida,
la muerte araña
que una red va tejiendo
para cazarla;
teje que teje,
hasta que entre sus hilos
por fin la envuelve.

CLVIII.

Haz bien, y si mal te pagan
canta esta copla contento:
«el bien se siembra en la tierra
y se cosecha en el cielo.»

CLIX.

En mí nació un mal deseo
y al punto le dí garrote,
para impedirle que fuese
verdugo de mi alma noble.

CLX.

Negros son tus ojos, niña,
como la noche mas negra:
cuanto mas negra es la noche
mas relucen las estrellas.

CLXI.

Pisé un hueso de cereza,
y lo pisé con desprecio;
pero me hizo dar de bruces...
no hay enemigo pequeño.

CLXII.

En las tormentas del alma
rayos los ojos despiden;
las lágrimas son la lluvia,
la sonrisa el arco íris.

CLXIII.

Para cantarte mis penas
hago hablar á la guitarra;
si no entiendes lo que dice
no digas que tienes alma.

CLXIV.

Por mas que todos los dias
tu frente con agua laves,
no quitarás esa mancha
que tienes y no ve nadie.

CLXV.

Esperé, sufrí, gocé,
vencióme, canté victoria:
¡ay!... ella para mí fué
purgatorio, infierno y gloria.

CLXVI.

Así que vine yo al mundo
me leyeron la sentencia,
y hácia la muerte camino
arrastrando una cadena.

CLXVII.

No estraño yo que tu madre
de mí y de todos te esconda;
las perlas hay que buscarlas
escondidas en su concha.

CLXVIII.

Tiene la que yo quiero
cara trigueña,
y su alma la blancura
de la azucena.

CLXIX.

En la posada del mundo,
tabique por medio, habitan
doña Vida y doña Muerte,
como dos buenas vecinas.

CLXX.

Para el carnaval un dia
necesitando careta,
prestada pidió la suya
el orgullo á la modestia;

—

y como no se la ha vuelto,
andan los dos por el mundo,
él, con la máscara siempre,
ella, sin disfraz ninguno.

CLXXI.

Cuanto mas se levanta
una torre del suelo,
mas al viento se espone,
mas al rayo del cielo.

CLXXII.

No vayas, paloma mia,
no vayas, paloma, al bosque;
mira que andan gavilanes,
mira que andan cazadores.

CLXXIII.

El pintor que te retrate,
si es un pintor de conciencia,
podrá retratar tu cuerpo....
el alma, cuando la tengas.

CLXXIV.

Es el hombre como el trigo;
sale de la tierra, crece,
grana, se agosta, y lo siega
con su guadaña la muerte.

CLXXV.

En este largo desierto
muchos se mueren de sed;
yo voy buscando una fuente...
no sé si la encontraré:

—

la única fuente que he visto
está seca, seca y sola,
sin pájaros que le canten,
sin árbol que le dé sombra.

TRADUCCION GALLEGA.

CANTARES.

PRELUDIO.

O meu corazon soíño
ê morada de cantares;
nel agarimados viven
coma no seu niño as aves;

—

é cando a dôr os desperte,
ou cando pracer os chame,
encherán de sons alegres
ou de tristesiña os aires.

I.

A guitarriña qu'eu toco
sente como unha persona;
unhas veces canta é rïe,
outras veces xime é chora.

II.

A côr d'o teu rostro, nena,
ê coma noite de lua,
é a mata d'os teus cabelos
o mesmo que noite escura.

III.

Cando á veiriña d'o rio
lavas os teus pes de rosa,
tembran d'amor as auguiñas,
sospira o vento antr'as pomlas.

IV.

Os cravos qu'en pes é mans
lle puxeron al Señor,
lévaos a nay afrixida
cravados no corason.

XIII.

O mundo doum'un libro;
é eu son tan lerdo,
que canto mái-lo estudio
méno-lo entendo.

XV.

O santurron d'abaixo
xa está morrendo;
¡qué feixiño de leña
vay par' ó inferno!

XVII.

Vay logo, é a tua nay dille
si me despresa por probe,
qu'o mundo da moitas voltas,
que tamen se cân as torres.

XXXIII.

Quítate d'esa ventana
é oye un consello, meniña:
rosa que está ben gardada
os paxáros non-a pican.

XL.

Medin c'os ollos o ceo,
sondey o fondo d'o mar;
mais no corason d'os homes
fondo non puden topar.

XLIV.

A Dios un abogado
lle imita n'esto;
Dios fay todo de nada...
é el fay un preito.

XLVIII.

Chistosa, churrusqueiriña,
que sal espallando vas;
¿dí cómo espallando tanta
non che s'acabou o sal?

XLIX.

Queixéchesme cando tiben,
xa non teño é das a volta;
a campana t'asomellas
que, si non lle dan, non toca.

LI.

Nas ventanas d'esta casa
un faro deben poñer,
para que naide se estrelle
na falsedá de vosté.

LIII.

Despois de feita, Dios quixo
poñerch' un lunar por firma;
c'o sello d'as gracias suas
siñaloute esa cariña.

LXXVI.

O rumbo d'esa probe
xa non me estraña;
para vestir o corpo
desnuda a alma.

LXXXVI.

Don Xosé ó famento
vendo que chovia,
prestoum'un parauguas...
que xa non servia.

XC.

O dia en que tí naceches
cayeu do ceo un anaco;
cando morras é aló subas,
taparáse aquel burato.

CXVIII.

Un home cantaba un dia,
dicind'o seu triste mal,
qu'auga no mar non topara
si por auga fose ô mar.

CXXVIII.

O verde d'os teus olliños
recordan o verde mar:
¡coitado d'aquel qu'os mire
si non axeit'a á nadar!

LXXIX.

Cando d'auguiña saes,
cara de estrela,
o teu cabelo escuro
longo te vela;
tal coma un manto,
qu'o teu seyo de rosas
da dobre encanto.

CXXXI.

As lombiñas do corpo
todos s'astreven;
¿quén habrá que na alma
lomba non leve?

CIX.

Neste ramo de froles
que che presento,
verás, lus dos meus ollos,
un pensamento.
E é, ¡miña xoya!
qu'an que tí olvidar sabes
de tí s'acordan.

CXLVII.

No rosal da miña vida
loucas ilusiós cantaron;
o dôr tiroulle unha pedra...
¡ay de min! todas voaron.

CLXXV.

En este longo deserto
moitiños de sede morren;
eu triste unha fonte busco...
¡quén sabe donde s'esconde!

—

No-mais qu'unha fonte vin,
e está sequiña, está soya;
nin paxariños lle cantan,
nin árbores lle dan sombra.

TRADUCCION ITALIANA.

CANTI.

PRELUDIO.

Il cor mio solitario
è di canzoni un nido;
dormono in esso, e vivono
come gli augei nel nido:

—

quando il dolor le svegli
o desterà il gioir,
suonerà l'eco un cantico
di gioja, o di martir.

III.

Quando che bagni o margine del rio
di bianco giglio i piedi, dolcemente,
trema d'amore tutta la corrente,
l'aura sospira in lieto mormorio.

XL.

Ho collo sguardo misurato il cielo
ed esplorato ho col scandaglio il mar;
tentai del cuore uman spezzar il velo
ma fondo invano ne cercai trovar.

CXXVIII.

I tuoi begli occhi, infida,
son del color del mar;
stolto è chi vi si affida,
e che non sa nuotar.

CIX.

Da questo vago mazzolin di fiori
che ti presento, o luce de miei rai,
un mio pensier ascoso apprenderai;
ti dirà che se me danni all'obblio
di te, crudel, scordarmi non poss'io.

LXXIX.

Allor ch'esci dalle acque,
angiol del cielo,
l'oscuro crine tuo
rassembra un velo,
e pare un manto
che del vago tuo sen
doppia l'incanto.

CXLVII.

Cantaro le illusioni ¡ahïme lasso!
sopra l'albero della vita mia;
passò il dolor, vi lancio contro un sasso,
e volar via.

CLXXV.

In quest' ampio deserto
arsi di sete molti si morir;
cerco una fonte io pure e non son certo
se dato mi sarà la rinvenir:

—

l'unica fonte che finor trovai
arida, sola, desolata stà;
gli augei col canto non l'allegran mai,
ne un'albero fedel ombra le fa.

———————

TRADUCCION PORTUGUESA.

CANTIGAS.

II.

No pallido rosto és bella,
tens da lua a formosura;
e as tranças dos teus cabellos
são de côr da noite escura.

VII.

Qual o dia são teus olhos:
mal despertos... amanhece;
se os abres... o sol deslumbra;
quando os fechas... anoitece.

XV.

O beato, ali vizinho,
morrendo está;
e que bom feixe de lenha
do inferno é já!

XXIV.

No altar de meu peito existem
uma imagem e uma luz;
é a luz o meu amor,
tú-a imagem que seduz.

XXXVIII.

Na tua escada amanhá
verás um lettreiro meu,
com seis palavras que digam:
«Por aqui se vae a o céu.»

XL.

Os céus medí com a vista,
explorei co'a sonda o mar;
e no coraçáo do homem
o fundo náo pude achar!

XLII.

Deus ao mar traçou limítes,
e á formosura tambem:
contam que quando nasceste
disséra: «¡Náo mais alem!»

LXII.

Os que de promessas fiam
gallos parecem;
a manhà inda vem longe,
cantos já técem.

LXIII.

Entristece o pardo outôno
prados virentes,
bosques frondentes;
vem porem, maio vestir-lhes
folhas viçosas,
flores mimosas.
Ai, ventura passageira!
da minh' alma primavera,
lampejo fogaz...
não mais volverás!

LXXVIII.

O luxo d'essa pobre
não me dá que pensar;
vae p' ra vestir o corpo
a alma desnudar.

CXLVII.

Na minh' arvore da vida
as illusões já cantaram;
vein a dôr apedrejal-as,
ai de mim! todas voaram!

TRADUCCION ALEMANA.

LIEDER.

VORSPIEL.

Mein Herz ist einsam und sorgenschwer,
doch ein Nest voll Lieder ist' s;
sie schlafen in ihm und erwachen,
wie die Voeglein im Blaettermeer:

—

wenn der Schmerz sie weckt
und die Freude sie regt,
wiederhallen die Lüfte
von Lust un von Schmerz.

I.

Die Guitarre, die ich spiele,
hat ein menschlich fühlend Herz;
bald sie scherzt und singet heiter
und bald sie seufzt und weint vor Schmerz.

II.

Dein bleiches Antlitz, holdes Maedchen,
ist wie heller Mondesschein,
und die Flechten deines Haares
sind dunkel, wie die finstre Nacht.

III.

Badest du am Stromes Ufer
dein lilienweisses Füsschen,
zittert liebevoll die Welle,
seufzet Zephir in den Zweigen.

VII.

Deine Augen spielen wie Tageslicht;
hebst sie auf, ist's Tagesanbruch;
oeffnest sie, ist's Sonnenstrahl:
und senkst du sie, so kommt die Nacht.

XIII.

Die Welt mir gab ein Büchlein,
doch thoericht, wie ich bin,
mag noch so viel ich lesen,
ich finde nicht den Sinn.

XV.

Der Heuchler dort unten
liegt sterbenskrank;
welch herrlich Gehoelze
für der Hoelle Gischt!

XVII.

Geh hin und sage deiner Mutter,
wenn sie mich, weil ich arm bin, verlacht,
dass die Welt sich dreht in ew'gem Kreis
und ein Thurm stürzt' ein in jüngster Nacht

XL.

Zum Himmel erhob ich den Blick
in's Meer warf ich das Blei;
hinab in's Menschenherz ich stieg
und fand dass bodenlos es sei.

XLVIII.

Anmuthstrahlendes Maedel,
Alles füllest du mit Anmuth,
doch nimmer mindert sich die Fülle,
wie der Sonne ewige Gluth.

LIII

Als der Herr dich erschaffen,
wollt' kroenen er sein Prachtgebilde;
nahm all der Anmuth Reiz und Milde
und drückt' sie deinen Wangen auf.

LXXVIII.

Der Aufwand dieser Armen
erstaunt mich eben nicht;
den Leib prachtvoll zu schmücken,
laesst darben sie die Seele.

LXXXVI.

Joseph, der Geitzhals, lieh jüngst,
als es wie mit Eimern herabgoss,
seinen Regenschirm mir,
doch das Wasser floss durch.

XC.

An dem Tage, als du wurdest geboren,
fiel ein Stück vom Himmel nieder;
kehrst nach dem Tode du dorthin wieder,
wird ergaenzen sich, was ging verloren.

CXXVIII.

Blau sind deine Augen
wie des Meeres Grund;
Wehe dem, der sie will schauen
und nicht zu schwimmen weiss in Sund!

CXLVII.

Auf dem Baume meines Lebens
sang Phantasie ihre Lieder;
doch Schmerz warf Stein' ihr nach,
und' ach! sie flog davon.

CLXXV.

In dieser weiten Wüste vergeht
so manches Herz vor Durst;
auch ich, ich suche eine Quelle,
doch weiss nicht, ob ich sie finde:

—

eine Quelle nur hab' ich gesehen;
trocken ist sie, oede und verlassen.
Kein Voeglein singt in ihrer Naeh',
kein Baum leiht seinen Schatten ihr.

TRADUCCION CATALANA.

CANTARES.

II.

Ta palidesa, nineta,
es com una nit de lluna;
la mata de ton cabell
de color de nit oscura.

VI.

Marxa volante, cor meu,
y preguntali si hi ha lloch
en son cor de dura roca
pera ferne un niu d'amor.

XIX.

Allí hont jurabas amarme
¡ay, falsa! ja pots posar:
«Aquí mataren á un home
y per ell poden pregar.»

XXXVIII.

En lo portal de ta escala
demá hi posaré un cartell,
ab sis paraulas que digan:
«Per aquí se puja al cel.»

LIV.

Conta, y veurás com acabas
avans que jo de contar:
ne contarem, jo mas penas,
tú las arenas del mar.

LXV.

No cal que 't tornes vermella
al pasar per esta vall,
que, pus que llengua no té,
no contará lo que sap.

LXXIV.

En l' ánima un cementiri
forman la ausencia y la mort,
ab sos nichos hont l'olvit
ne va enterrant los recorts.

LXXVIII.

Lo luxo d'eixa pobre
ja no m'estranya,
pus per vestirne 'l cos
despulla l' ánima.

LXXXI.

Ne tinch jo un fidel amich;
y 'm vol tan bé,
que tantost com ne rellisco,
tantost m'empeny.

XLV.

Mil besos per un de teu
volguí donarte,
y tú pels mil no volgueres
ni un sols tornarme,
¡Mal agradosa!
¿Donch perque te fas, nina,
la generosa?

CXXVII.

Lo que es la vida 'l cigarro
dientnos está:
sols es fum, y sendra, y foch,
foch d'un instant.

LXIII.

La tardor ne despulla
la vall y 'l bosch;
mes ab lo maig ne tornan
fullas y flors.
¡Ay, delitosa
primavera del ánima,
tú ja no tornas!

CLVIII.

Fesne bé, y si mal te pagan
canta eixa copla content:
«Lo bé se sembra en la terra
y 's reculleix en lo cel.»

FIN DE LOS CANTARES.

ACLARACION.

En el momento de ir á imprimirse el último pliego de este libro, llega á mis manos el *Cancionero popular*, que acaba de dar á luz el señor don Emilio Lafuente y Alcántara, en el cual hallo incluidos mis cantares XVII y XXXVIII bajo la forma siguiente (págs. 83 y 241, tomo segundo):

En la puerta de tu casa
he de poner un letrero
con letras de oro, que diga:
por aquí se sube al cielo.

—

Si tu madre me desprecia,
porque dice que soy pobre,
el mundo da muchas vueltas:
ayer se cayó una torre.

La insercion de estos cantares, publicados, segun los compuse yo, con mi nombre al pié,

en diferentes periódicos, y con especialidad el último en el segundo número de *La América* de 1863, y el primero en el número 10 del *Museo Universal* del mismo año y en el *Album Literario de Alicante*, constituye una lesion de mi derecho de propiedad, que me limito á consignar aquí, únicamente porque justifica mas y mas las censuras que no he podido menos de dirigir á los que las merecen, en el PRÓLOGO que antecede.

El escaso mérito, si alguno tienen, de estos dos cantares me hubiera retraido de hacer la presente manifestacion (pues al fin no se trata del descubrimiento de la cuadratura del círculo) á no irrogarse perjuicios á mi probidad literaria que, de hoy mas, procuraré evitar, segun dejo anunciado.

De seguro no ha sido el ánimo del señor Lafuente y Alcántara poner en duda esta probidad, como no es el mio dudar de la suya: me complazco en hacer justicia á sus rectas intenciones; pero es sensible que hechos análogos é iguales á los reconocidos y severamente anatematizados por varios periódicos de esta córte, como *La Soberanía Nacional*, *El Diario Espa-*

ñol, *La Libertad*, y algunos de provincias, como *La Abeja Montañesa*, ya espontáneamente, ya con motivo de un comunicado mio, se reproduzcan en el momento mismo de coleccionar yo mis CANTARES, para impedir abusos de este género.

La circunstancia de haber visto anónimos los dos cantares citados, ó quizá la de haberlos recibido así el señor Lafuente y Alcántara por conducto de alguna de las personas que de diversos puntos le proporcionaron materiales, debe haber sido la causa de que su laudable diligencia los haya aprovechado para el *Cancionero popular*, primera obra moderna en que aparecen, por la sencilla razon de ser la primera que sale á luz á los dos años de compuestos y publicados por mí; pues ni *Don Preciso*, ni el colector de Barcelona, dos de los mas antiguos que se citan, era fácil, por diligentes que fuesen, á no ser adivinos, que los incluyeran en sus libros, en atencion á que en 1805 (fecha de la coleccion del primero, segun el señor Lafuente y Alcántara) no habia yo venido al mundo, y en 1825 (fecha de la del segundo) sólo hacia cuatro años que me contaba yo entre sus

habitantes, y aún no emborronaba papel, ó al menos no tengo noticia de haber sido tan maravillosamente precoz.

Concluiré, diciendo que los dos cantares orígen de esta aclaracion, sin mas que por efecto de las variantes, leves al parecer, con que el *Cancionero* los trae, son dos desatinos de á fólio, así por su estructura interior, como por su forma y su sentido, dignos de acompañar á la variante de mi cantar LXV, oida en boca no recuerdo bien si de una gitana por mis amigos los señores don Emilio Castelar y don Javier Ramirez, segun este indica en una discreta y amena revista de costumbres andaluzas inserta en *La Democracia*, y cuya variante dice así:

No te pongas colorada
cuando pases por mi calle,
que como no tiene lengua
no contará lo que sabe.

Los nueve á que aludo en el Prólogo, leidos por mí hace dos años en casa del señor don Eduardo Asquerino, ante una reunion de mas de cien personas ilustres en literatura, política, ciencias y artes, que me dispensaron el

honor de hacérmelos repetir, y á quienes agradaron, segun oí, particularmente por su novedad, son los que en este libro llevan los números I, II, III, VII, XIII, XVII, XL, CXLVII, y CLXXV. Permítaseme este rasgo de inmodestia que, en otro caso, yo consideraria pueril y ridículo; pero que en el presente lo juzgo indispensable á la defensa de mi propiedad. Con pocos regalos como este que se hagan al *pueblo*, me dejan en cueros vivos.

La simple lectura de la mayor parte de los nueve cantares basta y sobra para que cualquiera persona, por poco ilustrada que se la suponga, se convenza, á no estar dormida, de que sólo la precipitacion con que suelen llenarse las columnas de los diarios políticos ha podido ser causa de aplicarlos al ingenio del vulgo.

Entre impresos en coleccion y manuscritos (de los que se atribuyen á gente indocta, y de los que, en efecto, lo sean) conozco al pié de veinte mil cantares; y aseguro que, en mi humilde opinion, escasamente merecerán conservarse de trescientos á cuatrocientos, los cuales figuran en casi todas las colecciones; prueba de

que los buenos escasean algo mas que lo que á los vulgólatras les parece. Mi amigo el pintor don Manuel Castellano posee manuscritos unos tres ó cuatro mil, y él mismo, en sus ocios, ha compuesto muchos que demuestran felices disposiciones para cultivar este género de poesía, en que descuellan los señores Ferran, Campoamor, Rubio (Cárlos), Dacarrete, Thos y Codina, Puerta Vizcaino y Asensio de Alcántara.

V. R. Aguilera.

Marzo, 28 de 1865.

INDICE.

LIBRO PRIMERO.

ARMONIAS.

LIBRO SEGUNDO.

CANTARES.

(1) Los números LXXVI y CXXXI de esta traduccion, corresponden respectivamente al LXXVIII y al CXXIV del original.

